

Un real al mes.

En Madrid para los suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo de las Familias*, y 4 rs. por tres meses, en las provincias franco el porte.

LA CRONICA.

Dos reales al mes

En Madrid y 10 rs. por trimestres para los que no sean suscritores á la *Biblioteca Popular y Museo*.—Se publica todos los domingos del año.

SEMANARIO POPULAR ECONOMICO.

JERUSALEN.

Jerusalén denominada por los árabes *El-Kuds* ó Beit-Elmukaddes, fué fundada en el año del mundo 2025 por el gran sacerdote Melchisedech que la llamó Salem, esto es, la Paz. No ocupaba en aquella época mas que las dos colinas Maria y Acra. Cincuenta años despues de la fundacion, se apoderaron de ella los jebuseos, descendientes de Jebus, hijo de Canaan, los cuales edificaron sobre el monte Sion, una fortaleza, á la que dieron el nombre de Jebus, su padre. Desde entonces se llamó la ciudad, Jerusalén, que significa *Vision de paz*.

Son muy pocas las ciudades que hayan experimentado tantas vicisitudes como Jerusalén y que hayan sido tantas veces tomadas, destruidas y reedificadas; y sin embargo existen muy pocas ruinas de sus antiguos monumentos. David que arrojó de ella á los jebuseos, despues de ochocientos veinte y cuatro años de dominacion, y Salomon, la embellecieron considerablemente; Sesac rey de Egipto, Hazael rey de Siria, y Amasias rey de Israel, se llevaron sucesivamente los tesoros del magnífico templo de Salomon, del cual nos cuentan tantas maravillas las Sagradas escrituras y el historiador Joséf, y á el que dedicó tan sublimes cánticos, el mismo fundador. Tomóla Nabucodonosor, y reduciéndole á cenizas, condujo á los judios en cautiverio á Babilonia y despues de esta cautividad, volvió Jerusalén á ser reedificada y poblada de nuevo. Posteriormente Antioco la arruinó, y fué restaurada por Simon Macabeo. Pompeyo se apoderó de ella 65 años antes de J. C., y arrasó sus murallas, las cuales fueron levantadas 20 años despues, con permiso de Julio César. Llegó en seguida la época en que cumpliéndose las profecias, se verificó en Jerusalén la pasion de nuestro divino Salvador bajo el gobierno de Poncio Pilato. Tito, hijo de Vespasiano incendió esta ciudad 70 años despues de J. C., y la redujo á yermo. Adriano hizo levantar una nueva ciudad de Jerusalén, cerca de las ruinas de la antigua y la dió el nombre de *Aelia Capitolina*, bajo el cual se encuentra entre algunos autores árabes, aunque desfigurado con el de Jeia; sin embargo volvió á to-

mar su antigua denominacion bajo el imperio de Constantino y su obispo alcanzó el segundo lugar entre los obispos de Palestina. Los persas la incendiaron en seguida, llevándose prisioneros á su patriarca Zacarias y á muchos de sus habitantes. Poco tiempo despues los árabes sometieron la Siria: Omar, sucesor de Mahoma, entró victorioso en Jerusalén el año 638 é hizo edificar una magnífica mezquita. Los turcos se apoderaron de esta ciudad hacia el año 1035, en cuya época indignada la Europa de que los lugares del nacimiento y de la pasion de nuestro Redentor Jesucristo eran profanados por los infieles, armó las cruzadas, para esterminar á estos conquistadores, los cuales tomando á Jerusalén en 1099 obtuvieron completa victoria contra los enemigos del cristianismo. Godofredo de Bullion fué elegido duque de esta ciudad, y Balduino, su hermano, fué proclamado en seguida rey de ella; pero muy pronto el sultan Saladino se apoderó de la ciudad santa cautivando á su rey Guy de Lusignan. Saladino, su hermano, demolió en 1228 el resto de los muros de esta desgraciada ciudad; la que habiendo finalmente dependido, durante mucho tiempo, de los soldanes de Egipto, cayó en 1519 en poder de Selin I, emperador de los turcos, y desde entonces ha permanecido bajo el dominio del gran señor.

Entre los muchos lugares de devocion que ofrece la ciudad santa, como recuerdos de la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesucristo, ocupan un lugar preferente la *Via dolorosa* ó sea la *Calle de la Amargura* y la *piscina Probática*.

Llábase *Via dolorosa* el camino que recorrió el Salvador, dirigiéndose desde la casa de Pilato al Calvario.

La casa de Pilato es una ruina donde se descubre el vasto sitio del templo de Salomon, y la mezquita construida en este sitio.

Habiendo sido azotado Jesucristo, coronado de espinas y vestido con una túnica de púrpura, fué presentado á los judios por Pilato: *Ecce homo*, exclamó el juez: y todavia se vé la ventana desde donde pronunció estas palabras memorables.

A 120 pasos del arco del *Ecce homo*, se ven á la izquierda las ruinas de una iglesia consagrada en otro tiempo á nuestra señora de los siete Dolores. En este sitio fué donde arrojada primero Ma-

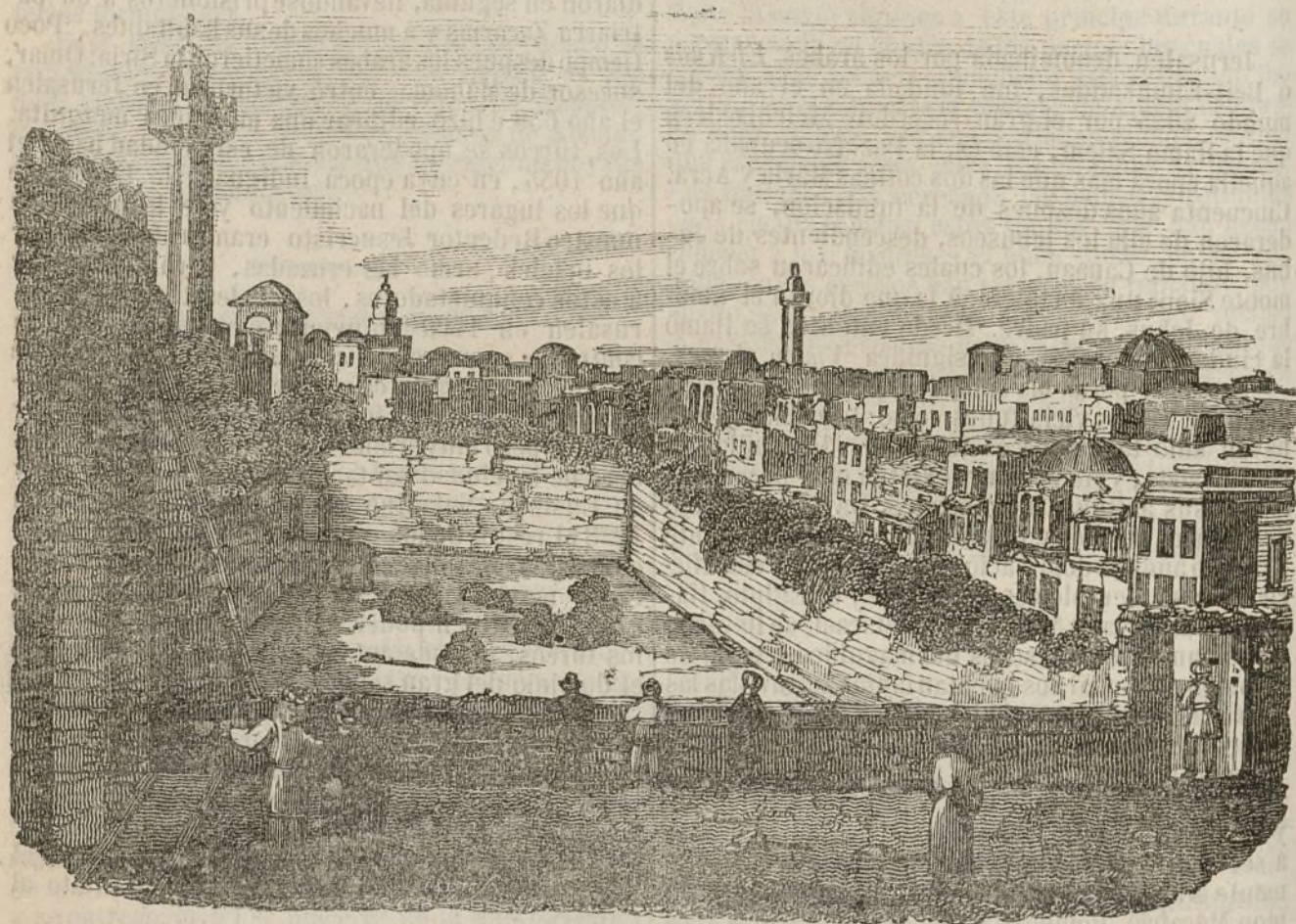
ría por los guardias, encontró á su hijo cargado con la cruz.

Cincuenta pasos mas lejos se encuentra el sitio donde Simon Ciríneo ayudó á Jesucristo á llevar la Cruz. Aquí el camino hace un recodo y vuelve hacia el norte, y vése á mano derecha el sitio donde se hallaba Lázaro el pobre, y en frente del otro lado del camino la casa del rico avariento, pasada la cual se vuelve á mano derecha y se toma la dirección de occidente. A la entrada de este camino que sube al Calvario, encontró Jesucristo á las santas mugeres que lloraban: «Hijas de Jerusalem, les dijo Jesus, no lloreis por mí, sino por vosotras y por vuestros hijos.»

A 110 pasos de este sitio se muestra el terreno que ocupó la casa de la Verónica y el parage en que esta piadosa muger enjugó el rostro del Salvador.

Después de haber andado 100 pasos se halla la puerta Judicial, que era por donde salían los criminales para ser ejecutados en el Gólgota. De la puerta Judicial á lo alto del Calvario se cuentan sobre 200 pasos; aquí concluye la *Via dolorosa* que tendrá en todo una milla de largo. Hoy el Calvario está comprendido en la iglesia del Santo Sepulcro, de que hablaremos mas adelante.

La Piscina Probática es todo lo que queda de la arquitectura primitiva de los judíos en Jerusalem. Limitaba el templo al septentrion y se la vé toda-



Piscina Probática.

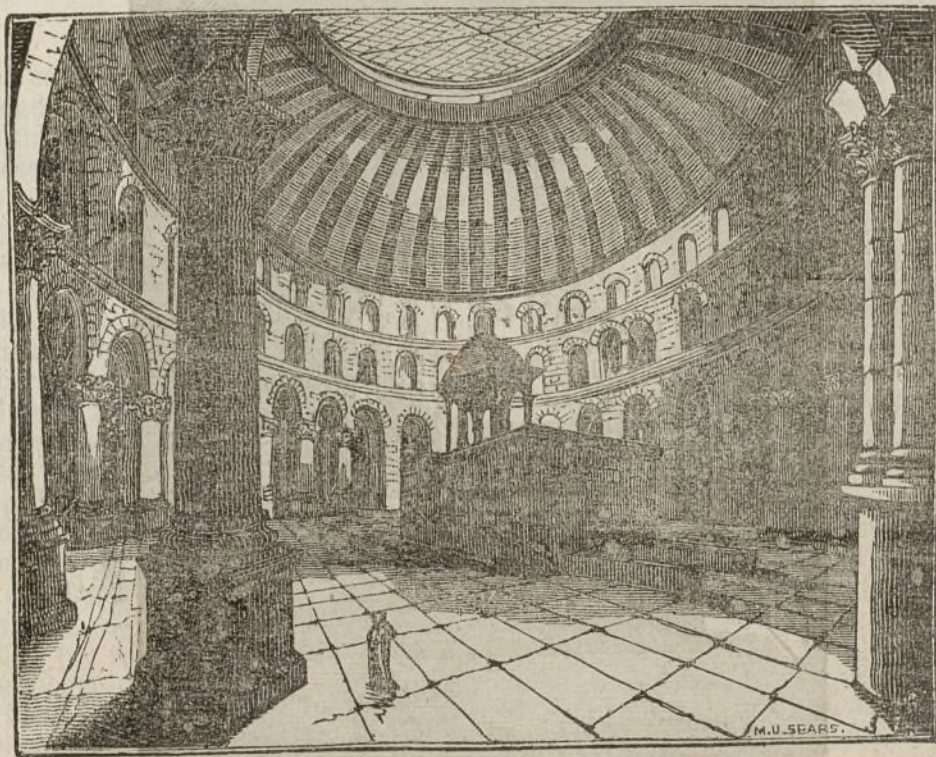
via cerca de la puerta de san Esteban donde se hallaba en otro tiempo el palacio de Pilato. Esta piscina es un estanque de 150 pies de largo y 40 de ancho. La escavacion de este estanque está sostenida por paredes construidas de piedra, unidas por medio de abrazaderas de hierro y encima una capa de yeso. Esta piscina se halla hoy seca y medio destruida, y crecen en ella algunos tamarindos salvajes.

Nótanse tambien en el lado horizontal dos arcos que dan nacimiento á dos bóvedas, que tal vez serian un acueducto para conducir el agua al templo.

Joséfil llama á esta piscina *Stangnum Salomonis*; el Evangelio la llama Probática, porque en ella se purificaban los corderos destinados á los sacrificios. En la orilla de esta piscina fué donde Jesucristo dijo al paralítico: *Levántate.*

La iglesia del Santo Sepulcro, es la principal de las 15 cristianas que hay en Jerusalem, y es un edificio muy irregular que cubre el Calvario, montículo de 4 á 5 toesas de alto, situado en el centro de la ciudad y cuya fachada participa del estilo morisco y de la arquitectura gótica.

La cúpula de la iglesia que habia sido incendiada el 12 de diciembre de 1807 fué construida de nuevo seis meses despues, bajo el plan de un arquitecto griego de Constantinopla: está apoyada sobre 36 columnas macizas, separadas entre sí por un arco, que forma una tribuna circular



Interior de la cúpula y vista del Santo Sepulcro.

dividida entre las varias congregaciones admitidas en esta basilica.

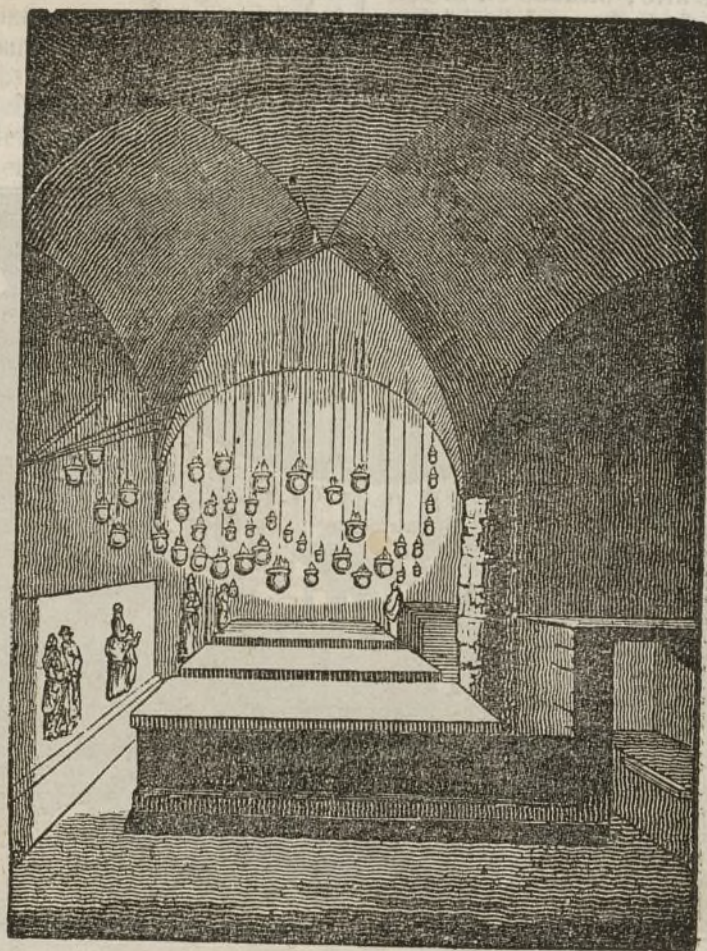
El Santo Sepulcro es un altar de mármol bastante bajo, de ocho pies de largo sobre dos y medio de ancho: está encerrado en una pequeña capilla cuadrada construida de mármol, alumbrada por cuarenta y cuatro lámparas de plata, y todas sus paredes están cubiertas con una colgadura de terciopelo; encima del Santo Sepulcro hay un cuadro que representa la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo.

El origen de la iglesia del Santo Sepulcro es de una remota antigüedad. El autor del epitome de las guerras sagradas, dice: que 46 años despues de la destruccion de Jerusalem por Vespasiano y Tito, obtuvieron los cristianos del emperador Adriano el permiso de construir, ó mas bien de reedificar un templo sobre el sepulcro de su Dios y encerrar en la nueva ciudad los demas lugares reverenciados por los cristianos. Añade que Elena madre de Constantino, agrandó y reparó este templo.

Creemos que nuestros lectores nos agradecerán que traslademos aquí las reflexiones que sugirió al espíritu de Chateaubriand la vista de los santos lugares.

«Si se me pregunta cuales fueron los sentimientos que esperimenté al entrar en este sitio, tal vez no podré decirlos. Tantas cosas se presentaban á la vez á mi espíritu, que no me detenía en ninguna idea particular. Mas de media hora permanecí arrodillado al lado del Santo Sepulcro, con los ojos fijos sobre la piedra sin poder separarlos de ella. Uno de los dos religiosos que me acompañaban permaneció prosternado á mi lado con la frente apoyada sobre el mármol; el otro con el Evangelio en la mano, me leía á la luz de la lámpara los pasages relativos al Santo Sepulcro. Entre cada versículo recitaba una plegaria. Todo lo que puedo asegurar es que á la vista de este sepulcro triunfante no sentí mas que mi debilidad; y cuando mi guía exclamó con san Pablo: *¿Ubi est, mors, victoria tua? ¿Ubi est, mors, stimulus tuus?* apliqué el oído como si la muer-

te fuese á contestar que estaba vencida y encadenada en este momento. Acababa de visitar los monumentos de la Grecia, y todavía estaba lleno de su grandeza, ¡pero cuán distantes habían estado de inspirarme lo que yo experimentaba al ver estos santos lugares!»



Capilla del Santo Sepulcro.

El castillo feudal de Magacela.

I.

Don Gomez de Solis seguia titulándose maestre de Alcántara, sin embargo de haber sido nombrado en capítulo de la orden don Alonso de Monroy, protegido de la católica Isabel, por ser decidido contra las pretensiones de los portugueses que defendían la Beltraneja; el señor de Monroy fué reconocido por tal maestre, pues reunia prendas estimables, tanto que se oían en trovas y romances. Don Francisco de Solis, sobrino del primero, viendo que no podía tomar venganza del enemigo de su tío, quiso hacer paces con el maestre y le demandó para su esposa la hermosa é interesante doña Laura de Monroy, jóven de 15 años, ornato de la corte de los reyes de Castilla y Aragon, conviniendo en celebrar el desposorio en el mismo castillo de don Francisco de Solis, con todos los requisitos y solemnidades que en aquellos tiempos se usaban entre los grandes señores.

II.

Por la dilatada campiña que circunda lo que fué un tiempo la antigua y célebre ciudad de Arsa, á la caída de la tarde de un día del mes de agosto de 1475, se veía dirigirse al maestre don Alonso de Monroy, con la sin par belleza de doña Laura, vestida y ataviada cual prenda de amor, como iris de la anterior contienda, servida de sus dueñas y doncellas, escuderos y demas mesnaderos de su esclarecida casa. Algo antes de llegar á la barbaccana de aquel castillo, se acercó al maestre un confidente que salía de la fortaleza y le dijo reservadamente algunas palabras, á las que dió á entender no hacer caso, despreciando el aviso que por su bien le hacia, y continuó su marcha hácia las murallas. Ya cerca del soberbio rastrillo del levadizo puente, oyeron que en una parte del adarve cantaba un trovador, y creyendo fueran elogios del señor feudal, pararon la atencion, y el cantor con plañidero tono dijo:

n es-
ba al

Vuélvete al llano
sencillo anciano,
no entres la puerta
que ves abierta
para tu mal.

Dentro te espera
la muerte fiera,
que este señor
es un traidor

á ti no igual.

Laura bella,
¿ves la huella
que te guía
á esta mansion?

De mesnada
está celada,
muy sedienta
de ambicion.

III.

Las mesas están aparadas, gritó un heraldo, en la sala donde descansaba don Alonso y su querida hija, sin haber visto á don Francisco de Solis, ni presentándose á cumplimentar á su esposa y futuro suegro. El señor de Monroy atónito sin poder penetrar la causa de tan extraordinario proceder, miró á su hija, la tomó de la mano y caminó con direccion á donde le indicaron los comensales. Entonces por primera vez vió aquella cándida doncella al señor de Solis sentado ya á la cabecera de la mesa rodeado de una turba de atolondrados mozalvetes, y se la cubrió el corazon de un mortal presentimiento. Sin moverse ninguno de sus asientos, hicieron que ocupáran los suyos el padre é hija; mas no pudiendo contener la indignacion el maestro dijo: «¿Por qué usais con nosotros tan poca cortesania...? Iba á proseguir, pero el señor de Solis ordenó que se diera principio á la cena, á cuya voz sacaron todos las armas, saliendo por varias puertas diferentes satélites que se apoderaron del maestro, descubriendo una gran fuente que sobre la mesa habia y en ella unos grillos que pusieron al crédulo anciano, á vista de su desolada hija, que desmayada cayó en tierra sin acudir uno á su socorro. El señor de Monroy asombrado y dirigiéndose á su engañador yerno la dijo: *¿Es este, hijo, hecho de caballero?*—A que contestó el soberano castellano, con una cólera rabiosa. —*Padre seais vos de todos los demonios y no de mí.*

IV.

Dos años transcurrieron: un sencillo pastor que habia oido contar la desgracia del maestro don Alfonso de Monroy y de su hija doña Laura, estaba á la puesta del sol de un día nebuloso del mes de enero recogiendo su ganado, para tornar al aprisco: oyó unos quegidos entrecortados que salian del lado de un arroyo que cubrian unos arbustos: se acercó y vió horrorizado una jóven desmelenada y andrajosa, aunque se conocia que las ropas que la cubrian en parte habian sido esquisitas; pálida, estenuada y llorosa al lado de un esqueleto que procuraba cubrir con sus rotos vestidos. Iba á preguntarle, pero se detuvo por que la oyó articular... *Mi Padre...* Se han saciado en mí... los verdugos... *AMARGA CENA...* No dijo mas. Se aproximó el pastor: la desgraciada habia espi-

rado, arrojada del castillo á que pusieron Amarga cena, que despues se corrompió y denominan ahora *Magacela*.

SEBASTIAN HERNANDEZ.

UNA PASION EN EL DESIERTO.

Cuando el general Dessais emprendió la espedicion al alto Egipto, fué hecho prisionero por los mograrinos un soldado provenzal, y conducido por estos árabes á los desiertos situados mas allá de las cataratas del Nilo.

Hicieron una marcha forzada, no parándose sino de noche, con el objeto de poner entre ellos y el ejército francés un espacio suficiente para su seguridad: acamparon al rededor de un pozo cubierto de palmeras, cerca de las cuales habian enterrado de antemano algunas provisiones, y no temiendo que los prisioneros pudieran intentar la fuga, se contentaron con atarles las manos, durmiéndose despues de haber comido algunos dátiles y echado cebada á sus caballos.

Cuando el denodado provenzal vió mas confiados á sus enemigos, se sirvió de sus dientes para apoderarse de una cimitarra, y ayudándose de sus piernas para sujetar la hoja, cortó las cuerdas con que tenia atadas las manos y se vió libre: al momento se apoderó de una carabina, y se proveyó de dátiles secos, de un saco pequeño de cebada, de pólvora y balas; y poniéndose á la cintura la daga, montó en un caballo y partió velozmente en la direccion que suponía debia estar el ejército francés.

Impaciente por volver á ver una avanzada, aguijó de tal modo al ya fatigado corcel, que espiró con los hijares despedazados, dejando al francés en medio del desierto.

Despues de haber caminado algun tiempo en el arrenal con el valor de un forzado que huye, tuvo que detenerse por que ya anocheceia, y á pesar de la hermosura del cielo en el horizonte, en una diáfana noche, se sentia demasiado fatigado para continuar su marcha. Felizmente, habia podido subir á una eminencia donde se elevaban algunas palmeras, y la abundancia de sus hojas habian despertado en su corazon las mas dulces esperanzas. Era tan grande su cansancio, que se recostó sobre una piedra de granito, cortada caprichosamente en forma de una cama de campaña, y se durmió sin tomar ninguna precaucion para su defensa, durante su sueño. Habia hecho ya el sacrificio de su vida, y aun el último pensamiento que tuvo antes de dormirse, fué el de un pesar, porque se arrepentia ya de haber dejado á los mograrinos, luego que se vió lejos de ellos y sin recursos, agradándole, por otra parte, la vida errante que llevaban.

Despertó el sol, cuyos ardientes rayos cayendo á plomo sobre las piedras producian un calor intolerable.

El provenzal estrechó entre sus brazos el tronco de una palmera como si hubiera abrazado á un amigo, y poniéndose al abrigo de la ligera y prolongada sombra que daba el árbol sobre la piedra; se sentó, lloró y permaneció allí, contemplando con una profunda tristeza la escena cruel que se ofrecía á sus miradas. Gritó como para provocar á la soledad, y su voz perdida en las concavidades de aquella colina, percibió á lo lejos un débil sonido que ni despertó al eco; pero él estaba en su corazón.... El provenzal tenía 22 años, armó su carabina y poniendo en tierra esta arma libertadora, se dijo á sí mismo; siempre habrá tiempo.

Temiendo todos los peligros de esta perspectiva cruel, bajó de la colina por la falda opuesta á aquella por la cual había subido la vispera, ¡cuál sería su placer al descubrir una especie de gruta formada naturalmente en los inmensos fragmentos de las piedras, que formaban la base de aquella loma, y algunos pedazos de estera que anunciaban que este asilo había sido antes habitado! Vió después de algunos pasos palmeras cargadas de dátiles, y entonces el instinto conservador de la vida, despertó en su corazón. Espera vivir bastante para aguardar el paso de algunos mograrinos.... ó tal vez oirá pronto el estruendo de los cañones.. porque en aquel momento recorría Bonaparte el Egipto.

Reanimado el francés por este pensamiento, cogió uno de los racimos y después de haber comido algunos dátiles, volvió á subir á la cima de la colina, y se ocupó el resto del día en cortar una de las palmas infecundas que le habían servido de techo la vispera, por que un triste recuerdo le hizo pensar en los animales del desierto, y previendo que podrían venir á beber en el manantial, resolvió poner una barrera á la entrada de la cueva para precaverse de sus visitas. Pero á pesar de su afán y de las fuerzas que le daba el miedo de que le devorasen durante su sueño, le fué imposible en el resto del día dividir en muchos pedazos la palma, después de haber conseguido derribarla. Cuando por la tarde cayó aquel rey del desierto: el ruido que hizo retumbó á lo lejos, como si la soledad hubiera lanzado un gemido: el soldado se estremeció cual si hubiera oído alguna voz predecirle alguna desgracia... Pero semejante á un heredero que no se compadece largo tiempo de la muerte de un pariente que le ha dejado su hacienda, así despojó á este árbol hermoso de las altas y verdes hojas que forman su principal adorno, sirviéndose de ellas para preparar la estera sobre la cual iba á acostarse.

Rendido por el calor y el trabajo, se durmió bajo el techo raso y húmedo de la gruta; pero á media noche fué turbado su sueño repentinamente por un ruido extraordinario que creyó haber oído: incorpórase, y el silencio profundo que reinaba le permitió oír una respiración tan salvaje que no

podía ser de criatura humana. Un miedo terrible aumentado por la oscuridad, por el silencio y las ilusiones fantásticas al despertar, le heló el corazón y le hizo herizar los cabellos; cuando á fuerza de dilatar los párpados distinguió en la sombra dos luces débiles y amarillas... Al principio las atribuyó á algún reflejo de sus ojos, pero bien pronto vió un animal enorme echado á dos pasos de él. ¿Será un león, un tigre, ó un cocodrilo? El provenzal no sabía á que clase de animales pertenecía su enemigo... contaba los latidos de la fiera sin atreverse á hacer el menor movimiento. Un hedor tan fuerte como el que exhalan las zorras pero mas penetrante, sirvió para aumentar su temor, por que no podía ya dudar de la existencia de su terrible compañero, á quien seguramente había usurpado su cueva real.... Los reflejos de la luna iluminaron poco á poco la cueva, é hicieron resplandecer la piel manchada de una pantera,

Este león de Egipto dormía enroscado como un mastín tranquilo en la puerta de una fonda, y sus ojos que había tenido abiertos un momento, los cerró con la cara vuelta hácia el francés...

Mil pensamientos confusos se sucedieron en el alma del prisionero de la pantera: quiso al principio matarla con su fusil; pero vió que no había bastante espacio entre él y ella para proporcionarlo... El cañón habría pasado mas allá del animal... y... si le despertaba?... Esta hipótesis le dejó inmóvil. Al oír latir su corazón en medio del silencio, maldecía estos latidos demasiado fuertes causados por la afluencia de la sangre, por que temía turbar aquel sueño que le permitía buscar un espediente para salvarse. Dos veces empuñó su daga con intento de cortar la cabeza á su enemigo... pero la dificultad de dividir una piel lisa y dura, le obligó á renunciar á su atrevido proyecto,

¡Errar el golpe!... sería morir seguramente....

Preferiendo los accidentes de un combate, resolvió aguardar el día... y el día no se hizo desear por largo tiempo.

Entonces pudo el francés examinar la pantera... tenía el hocico teñido de sangre.

Ha comido bien, dijo entre sí, sin detenerse, á pensar si el festín habría sido carne humana; no tendrá hambre cuando despierte.

Era hembra. La piel del vientre y de las piernas era de una blancura brillante: muchas manchitas como de terciopelo formaban lindos brazaletes al rededor de sus patas: el rabo era igualmente blanco pero terminaba con anillos negros: y toda la parte superior de la piel que la cubría era amarilla como el oro, muy lisa y suave, con aquella multitud característica de matices en forma de rosas, que distingue á las panteras de las otras especies de fenix.

Esta temible aunque tranquila huésped se recostaba en una postura tan graciosa como la de un gato acostado sobre el cogín de una otomana: sobre sus sangrientas, nerviosas y bien armadas patas, descansaba la cabeza de la cual salían bar-

bas extraordinarias y derechas que parecían hilos de plata. Si hubiese estado así en una jaula, hubiera ciertamente admirado el provenzal la hermosura de este animal, y el contraste de los ricos colores, que daban á su cuello un esplendor imperial; pero en aquel momento se turbaba su vista por este aspecto siniestro. La presencia de la pantera, aunque dormida, le hacía experimentar el efecto que, según dicen, producen los ojos magnéticos de la sierpe en el ruiseñor... el valor del soldado, que se exaltaría sin duda delante de la boca de un cañon vomitando metralla, desmayó un momento á vista de aquel peligro. Sin embargo, un atrevido pensamiento penetró su alma y detuvo el curso del sudor frío que corría por su frente. Semejante á aquellos hombres que agoviados hasta el extremo por la desgracia, llegan á desafiar á la muerte, ofreciéndose á sus golpes, vió él esta aventura como tragedia, y sin pensar en otra cosa, resolvió representar su papel con honor hasta la última escena. Antes de ayer me hubieran tal vez asesinado los árabes, decía... y considerándose como muerto, aguardó con valor é inquieta curiosidad el momento en que despertara la pantera. Cuando salió el sol, abrió esta súbitamente los ojos, estendió violentamente las patas como para desentumecerlas y hostezando mostró sus grandes y afilados dientes y su larga lengua tan áspera como una lima.

¡Qué coqueta es! decía entre sí el francés, viéndola dar vueltas, meneando la cola.

Se lamió la sangre que tenía en las patas y en el hocico, y se rascó la cabeza con gallardía.

Bien... ponte un ratito al tocador, dijo el francés, que recobrando el valor volvía á su natural alegría. Vamos á darnos los buenos días... y empuñó el cuchillo que había quitado á los mograriños.

En este momento volvió la pantera la cabeza hacia el francés, y le miró fijamente sin adelantarse... Su penetrante mirada hizo estremecer al provenzal, sobre todo cuando el animal caminó hacia él... Contemplándola el valiente soldado con aire cariñoso, dejó que se aproximase, y después con un movimiento tan amoroso y dulce como si hubiera querido acariciar á la mujer más hermosa, le pasó la mano desde la cabeza hasta el rabo.

Entonces se le oyó uno de aquellos rurrá, con que nuestros gatos espresan su placer, pero este gruñido salía de un gáznate tan potente y profundo, que retumbó en la gruta como los broncos sonidos de los bajos de iglesia. El provenzal se penetró de la importancia de sus caricias, y las redobló de una manera capaz de ablandar á esta imperiosa cortesana... y cuando estuvo seguro de haber aplacado la ferocidad de su compañera que tan á su sabor había satisfecho la vispera su hambre, se levantó y quiso salir de la gruta.

La pantera le dejó salir, pero cuando subió la colina, brincando con la ligereza de los monos, y saltando de mata en mata, fué á restregarse con las piernas del soldado, encorbando el lomo á la

manera de los gatos... Dirigióle después una mirada al parecer más cariñosa, y dió un grito salvaje que los naturalistas comparan al ruido de una sierra....

Es exigente.... exclamó el francés sonriéndose.

Empezó á jugar con sus orejas, á acariciarle y á rascarle la cabeza fuertemente con las uñas, y viendo los buenos resultados, le hizo cosquillas en el cráneo con la punta del puñal, acechando el momento de matarla, pero la dureza de los huesos le hizo temblar de no conseguirlo.

La sultana del desierto admitió con agrado las caricias de su esclavo, y levantando la cabeza y estendiendo el cuello, manifestaba el placer que sentía con la tranquilidad de su actitud. El francés pensó repentinamente en asesinar de un solo golpe á esta feroz princesa dándole una puñalada en la garganta; pero cuando levantó el arma, se acostó graciosamente á sus pies, echándole de cuando en cuando miradas en las que al parecer se pintaba la benevolencia.

¡Pero cuando tenga hambre!.... decía el provenzal.

Esta idea le estremeció porque consideraba las dimensiones de la pantera, que era ciertamente una de las más disformes de su especie. Tenía tres pies de alto y cinco de largo, sin incluir el rabo, que era de cerca de tres pies... la cabeza tan grande como la de una leona manifestaba la astucia y cruel ferocidad del tigre; pero también tenía una leve semejanza con la fisonomía de una mujer artificiosa... en fin, las facciones de aquella reina solitaria, demostraban en aquel momento una especie de alegría parecida á la de Neron embriagado, que se había saciado de sangre y quería jugar.

Cuando andaba el soldado, se contentaba con seguirle con la vista, pareciendo más un perro fiel que una grande ágora inquieta de los movimientos de su señor. A su vuelta, vió al lado de la fuente los restos de su caballo, que la pantera había arrastrado hasta allí, habiendo devorado cerca de tres tercios. Este espectáculo, infundió seguridad al francés pues conoció el motivo de la ausencia de ella, y del respeto que le había dispensado durante su sueño.

Después se sentó á su lado y se puso á jugar con ella: cogióle las patas y el hocico, torcióle las orejas, la volcó de espaldas y le rascó fuertemente los costados; y cuando el soldado trató de alisarle la piel de las patas, recogió cuidadosamente las uñas encorvadas como alfanques... El francés que conservaba una mano sobre el puñal, pensó de nuevo enterrarlo en el vientre de la pantera demasiado confiada, pero temía que inmediatamente le ahogara con las últimas convulsiones... Y por otra parte sentía en su corazón una especie de remordimiento, que le ordenaba respetar á un ser que no le ofendía y á una amiga que le parecía haber encontrado en aquel desierto sin límites.

Al ponerse el sol dió muchas veces la pantera

un grito bronco y melancólico... y el soldado dijo entre sí, no hay duda está bien educada y reza sus oraciones... pero esto no le ocurrió sino después de haber notado la postura pacífica que tenía su camarada.

Vamos, rubita, le decía, yo te dejaré acostar primero... contando seguramente con la ligereza de sus piernas para evadirse al momento que se durmiera, é ir á buscar otra morada durante la noche; aguardó con impaciencia la hora de su fuga y cuando llegó, se dirigió con velocidad hácia el Nilo; pero apenas había andado un cuarto de legua en los arenales, cuando oyó á la pantera detras de él, dando por intervalos aquel grito de rurrá.

¡Vamos dijo entre sí, me ha tomado cariño!... ¡Ya se vé! ¡Si esta jóven pantera no ha encontrado á nadie! Me lisongéo de ser su primer amante....

En este momento cayó el francés en uno de aquellos arenales tan terribles para los viajeros, de los que es imposible salvarse, y viéndose enterado en él, dió un grito; la pantera entonces le agarró con los dientes por el cuello del vestido, y saltando con vigor para atras, lo sacó del abismo como por magia.

¡Ah picaruela! exclamó el soldado acariciándola con entusiasmo, amistad entre nosotros ya, de vida ó muerte.

El desierto estaba como poblado, encerraba un ser á quien podía el francés hablar, y cuya ferocidad se había suavizado por él sin que pudieran explicarse los motivos de esta amistad increíble. Por mas poderoso que fuese el deseo del soldado de estar en pié y vigilante, se durmió no obstante, y cuando despertó no vió ya la pantera..... subió á la colina y la divisó á lo lejos corriendo á saltos, segun el hábito de estos animales, cuya carrera se interrumpe por la extrema flexibilidad de su columna vertebral. Llegó con los labios ensangrentados y recibió las caricias que le hizo su compañero, atestiguando con muchos rurrues graves cuan dichosa era: volvió después sus ojos llenos de molicie y aun con mas dulzura que el dia anterior hácia el provenzal que le hablaba como á un animal doméstico.

¡Ola, ola! señorita.... pues... sois una niña hermosa ¿no es así?...le gusta estar ociosa....no tiene vd. verguenza? Ha comido algun mograrino.. Bien: estos son animales como vd...pero al menos no vaya su señoría á hacer pedazos con los dientes á los franceses.... entonces ya no tendrá quien la quiera.

Jugaba con ella como juega una perrita con su amo, dejándose rodar, acariciar y dar golpes, provocando algunas veces al soldado, y adelantando la pata sobre él con un gesto de solicitud.

Sea que la voluntad poderosamente predispuesta hubiera modificado el organismo de su compañera, ó sea que encontrase alimento abundante, gracias á las batallas, que se daban en los contornos de aquellos desiertos, respetó la vida del francés que viéndola tan domesticada, acabó por no tener desconfianza alguna de ella.

Habia hecho pedazos su camisa para hacer una bandera, que enarboló en lo alto de una palma; y aconsejado por la necesidad, supo encontrar el modo de conservarla desplegada, estendiéndola sobre unas varillas.

En estas largas horas de esperanzas era cuando se divertia con la pantera... Habia llegado á conocer las diferentes inflexiones de su voz y la espresion de sus miradas: se recreaba viendo las caprichosas manchas de que estaba salpicada su dorada piel; apenas roncaba le cogia la mota con que terminaba su terrible rabo, para contar los anillos negros y blancos, graciosos adornos que brillaban de lejos al sol como pedrerías. Contemplaba la blancura del vientre, la gracia de su cabeza; pero sobre todo se divertia mas cuando ella jugueteaba, porque siempre le sorprendia la agilidad de sus movimientos. Su admirable sutileza cuando se ponía á saltar, á arrastrarse, á resbalar y á esconderse, á agarrarse de algun árbol, á rodarse y á encogerse.

Un dia de sol resplandeciente un pájaro disforme permanecía inmóvil en los aires, y el provenzal dejó su pantera para examinar aquel nuevo huésped; pero cansada la sultana después de un momento de espera, gruñó sordamente.

El diablo me lleve, si ella no está celosa! exclamó, al verle los ojos llenos de severidad, ¡Si habrá pasado el alma de Virginia á este cuerpo! Esto es seguro... Desapareció el aguila en los aires y el provenzal y la pantera se miraron mutuamente con un aire de inteligencia... La coqueta se estremeció cuando sintió las uñas de su amigo que le rascaba el cráneo, y sus ojos brillaron como relámpagos, cerrándolos después fuertemente.

Tiene una alma... se dijo, observando con estudio la tranquilidad de la reina de los arenales, dorada como ellos, blanca, solitaria y ardiente como ellos....

No sé que mal le hice, pues se volvió del otro lado como si estuviera rabiosa, y con sus agudos dientes me mordía el muslo, pero muy débilmente... Creyendo yo que queria devorarme, la enterré mi puñal en el cuello... y rodó dando un grito que me heló el corazon... La vi en las ansias de la muerte mirarme sin cólera... Hubiera querido por todo el mundo y hasta por mi cruz volverla la vida. Parecíame haber asesinado á una persona racional... Los soldados que habian visto mi bandera y que corrieron á mi socorro me encontraron llorando... casi desmayado.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO,

DE DON FRANCISCO DE P. M.—EDITOR

calle del Sordo, núm. 11.